

tamientos que se les hacen en aquellos reales de minas comarcanas, forzándolos á servir excesivamente, en el beneficio de los metales y plata: y como cosa que ellos tanto rehusan, son malos de llevar á estos servicios; de donde nacia, que los ministros de justicia, que iban por ellos á sus casas, usaban con ellos muchos agravios y tantas vejaciones, cuantas son necesarias para sacar de su casa y quietud á gente libre y cristiana y llevarla á ejercicios tan trabajosos, como son los que en las minas generalmente padecen. Esto fué el mas vivo motivo, que para convocarse todos tuvieron, con fin de matar y acabar totalmente á todos los españoles de aquellas minas comarcanas, por evadirse de los trabajos y malas vecindades que con ellos tenían. (8)

Cincuenta indios cansados ya de estas vejaciones, determinaron tomar las armas y no dejarlas hasta no derramar la última gota de sangre española, para librarse de la injusta opresion en que los tenian. Trataron luego de invitar para esta empresa á las demas naciones, particularmente á sus vecinos los *sabaibos* y *tepehuanes*: y fué un punto de acaloradas conferencias entre ellos, si debian dar muerte á los religiosos, que les hacian el beneficio de instruirlos en el conocimiento del verdadero Dios y enseñarles el desarrollo de las artes y las ventajas de la vida civil. La mayoría se rehusaba á tamaña ingratitude, con los bienhechores constantes de la humanidad; pero otros alegaron: que aunque no podian negar los beneficios que debian á unos hombres que solo tenian el color, de comun con los españoles, pero del todo distintos á ellos en sus costumbres y en sus instintos rapaces, mas como ellos los habian de contener con sus ruegos y obligar con sus beneficios a deponer las armas, si querian llevar adelante el exterminio de

(8) *Relacion que el S. D. Alonzo de la Mota y Escovar, obispo de Guadalajara y despues de Tlaxcala, hizo de esta conjuracion, al padre fray Juan de Torquemada.*

los españoles, que no se cansaban de tiranizarlos, despojarlos de sus haciendas y manchar el honor de sus mujeres y sus hijas, era preciso quitar primero á los hombres que debian impedirles la ejecucion de su proyecto. [9]

Este pasaje entre otros muchos, es una prueba evidente, que los naturales no resistian la instruccion en la religion cristiana ni se movian contra sus opresores por un instinto feroz de barbárie, sino que pretendian conservar la independenciam de sus pueblos, guardar el honor de sus familias y mantener ilesos los derechos que les daba el mismo derecho natural, todo lo cual atropellaba la ambicion de los conquistadores, que manciaron su honor, la historia de su nacion y dejaron una prueba indeleble, de que en nombre de la civilizacion, procedian realmente animados de una *barbárie ilustrada*; pero la barbárie salvaje de los naturales, dió pruebas de hacer mejor uso del sentido comun, que sus civilizados opresores, y de ser mas lógicos que nosotros, procurando desechar oportunamente el maléfico influjo de los extranjeros, que como una funesta pesadilla, viene gravitando desde hace tres y medio siglos, sobre este pueblo tan infortunado, como digno de mejor suerte. ¡Quiera el cielo, que cuando ya entremos en el último tercio del siglo XIX, México conozca sus derechos, los grandiosos elementos de prosperidad que la mano poderosa del Autor de las sociedades ha querido depositar en su seno, y que basando el nucleo de su fuerza que es la union de sus hijos, en el sólido pedestal de la conciencia de su propia dignidad, se eleve magestuoso á la altura que le corresponde en la gran familia de las sociedades civilizadas!

Cinco españoles que estaban desprevenidos en una finca de campo poco poblada, fueron las primeras víctimas de esta conjuracion: el real de minas de las Vírgenes de Topia, fué incendiado; y como este, fueron otros muchos pueblos, en que las

(9) *Alegre hist. de la prov. de México, tom. 1.º pag. 419.*

iglesias eran tambien entregadas á la voracidad de las llamas. Aquella insurreccion se extendió por todos los caminos mas transitables, y los españoles se reconcentraron en el Real de San Andres, donde se resistieron mientras se mandó aviso á Durango, para implorar el auxilio del gobernador.

Quince dias habian podido defenderse, teniendo ya muy poca esperanza de quedar con vida, porque los indigenas se habian aumentado hasta el número de ochocientos y cada dia peleaban con nuevo brio y con tanta regularidad, que desmentia la barbárie que se les atribuia. Al fin de este tiempo, y cuando ya estaban dispuestos todos á morir, llegó D. Francisco Ordiñola gobernador de Durango, con alguna fuerza: á este mismo tiempo llegó tambien el Sr. Mota, obispo de Guadaluajara, para interponer el influjo de su autoridad espiritual, en beneficio de la tranquilidad de aquellos pueblos. El gobernador abrió una campaña formal contra los indigenas que á su presencia huyeron á las quebradas de la sierra, donde se defendian con heroico valor, resueltos á morir y á sufrir la hambre conservando su libertad, antes que conseguir el sustento á costa de la esclavitud á que los sujetaban los españoles. [10]

Viendo el Sr. obispo Mota, que aquellos medios violentos empleados por el gobernador para atemorizarlos, servian para obstinarlos mas en la defensa que habian emprendido, de acuerdo los dos se comisionó al padre jesuita Santarén, que por haber sido su primer maestro en la doctrina cristiana, lo respetaban como á su padre en Jesucristo, y con su influjo podia hacerlos deponer las armas y restituirlos á la paz de sus hogares. El padre bien sabia el peligro á que se esponia en el desempeño de esta comision, sabiendo la determinacion de los naturales; pero dispuesto siempre á hacer sacrificio de su vida en beneficio del bien de los pueblos, no vaciló en admi-

(10) *Torquemada part. prim. lib. 5 cap. 44.*

tir yendo acompañado de algunos soldados, varios indios amigos y una bandera blanca con una cruz, para ponerse á cubierto con los enemigos de alguna suposicion hostil.

Los acaxeos no recibieron mal al padre; pero aun no se determinaban á rendirse á sus afables insinuaciones, cuando la tropa les hizo prisioneros á los naturales gran número de niños y mujeres, que despues de tratarlas con afabilidad y respeto, las mandó devolver el gobernador mandando castigar con pena de muerte al que se atreviera á insultar la vida ó el honor de aquellas indefensas personas. Esta accion de generosidad, acabó de ablandar el ánimo de los indomables acaxeos, y ya estuvieron dóciles á las exhortaciones del padre Santarén, que bajó con ellos de la sierra, para presentarlos al gobernador, ante quien protestaron de nuevo su obediencia.

Conseguida la pacificacion de los acaxeos, se siguió la guerra con los sabaibos, que ocupaban la parte mas áspera y fragosa de la sierra de Topia: dos meses empleó el gobernador de Durango en esfuerzos inútiles, porque en un terreno tan desventajoso para la tropa, poco avanzaban en sus operaciones, que quedaban burladas por la astucia de los indios y las dificultades del terreno: algunas veces, ponian sus hogueras en las cimas mas altas de los cerros; y cuando el ejército se encaminaba á ellas con gran dificultad, lo atacaban por retaguardia ó algun flanco, en un punto boscoso ó mas difícil para las evoluciones de la tropa. Entonces el Sr. Mota y Escovar, mandó en su nombre al mismo padre Santarén acompañado de otras personas, para negociar la pacificacion de los sabaibos: les hacia advertir, que sabia muy bien que la causa de su hostilidad, era los malos tratamientos que habian recibido de los españoles; pero que como su pastor espiritual y ministro del Dios de la paz, que tanto se ofendia de los excesos de la guerra, los invitaba á que bajasen pacíficos, empenándoles su palabra, de que conseguiria con el gobernador los tratasen él y

los demas españoles con la piedad y misericordia con que deben verse todos los cristianos como hermanos é hijos de una madre comun. Y para autorizar la embajada, les mandó su mitra y el anillo pastoral.

A estas pruebas de paternal solicitud, no se mostraron insensibles los sabaibos; pero obrando con prudente precaucion, pidieron de término hasta la luna siguiente para resolver á la invitacion del prelado. Durante este tiempo en que los indígenas se ocupaban de conferenciar su resolucion, un dia fueron sorprendidos por el capitan Canelas: pero en medio de la turbacion que les causó la presencia de sus enemigos, acordaron salir á su encuentro sacando enarbolada en una asta como bandera, la mitra episcopal: el capitan se bajó del caballo y besó con profunda reverencia aquel objeto de respeto, haciendo lo mismo todos los soldados; y viendo los indios la veneracion que los españoles tuvieron á la mitra y que por su respeto no les causaron mal alguno, se resolvieron á bajar de paz hasta el Real de Topia, donde se celebró el término de la guerra con una funcion religiosa, en que predicó el Sr. Obispo, recomendando á indios y españoles, el esacto cumplimiento de sus deberes, tratándose como hermanos de la gran familia de Jesucristo, que dió su vida por la salvacion comun de todos los hombres." (11)

Concluida ya la pacificacion de toda la provincia, restituidos todos los habitantes á sus respectivos pueblos, reparadas las iglesias y casas destruidas y ocupados ya todos en sus distintas labores, el Sr. Obispo atravesó la sierra y en el pueblo de Santiago Papasquiari reunió á todos los gefes de los Tepehuanes que habian ofrecido tomar parte en la conjuracion y con sus piadosas exhortaciones, los decidió por la paz, administrándoles el bautismo á los que aun, permanecian en la

(11) *Torquemada Sug. cit. Alegre tom. 1.º pág. 423.*

gentilidad y que estaban ya en estado de recibirlo, debido á los anteriores trabajos de los padres de la compañía, en aquellos pueblos.

Antes de estos acontecimientos en el año de 1596, descan-do extender la dominacion de los reyes de Castilla, dispuso el virey Conde de Monterey, mandar una expedicion que descubriera la provincia de Californias, de cuya riqueza se tenian tales noticias, que habia sido el objeto constante de las doradas ilusiones de los conquistadores, desde el Marques del Valle. Esta expedicion se encargó al capitan Sebastian Vizcaino, hombre experimentado en la navegacion y práctico en los mares de las costas meridionales y occidentales: Se mandó equipar la flota que debia conducirle, preparar los soldados y los religiosos franciscanos que habian de ocupar en la conversion de aquellos infieles, y preparado todo lo necesario á la empresa se dieron á la vela en Acapulco. Los navíos fueron costean-do en su camino, para reconocer todo lo que en tierra firme, hubiera quedado sin descubrir en los viajes anteriores, y así llegaron hasta las islas de Mazatlan, acercándose al puerto del mismo nombre para hacer agua y surtirse de algunas provisiones, de donde se separaron cincuenta soldados por creer que no llevaba la expedicion los elementos necesarios. Vueltos á hacer á la vela los navíos, caminaron cinco dias por la boca del seno de la California, y al fin de ellos descubrieron la tierra que descaban: dispuso el general saltar á tierra con algunos soldados; pero reconocido el país y no pareciéndole á propósito para poblarse, pasó adelante y en otro puerto que llamaron S. Sebastian, desembarcaron y reconocieron tambien el interior de la tierra, que aun no les agradó. Siguiéron costa á costa su camino, hasta donde es hoy el puerto que desde entonces llamaron de la Paz: en él desembarcaron, hallando los vestigios que dejó en una de sus expediciones el conquistador Hernan Cortés; y sobre ellos

formaron casas con las ramas de los árboles, cercadas con una muralla de madera, para estar á cubierto de un ataque de los indígenas, que en todos los lugares de la costa donde habian desembarcado, habian manifestado su desagrado por la llegada de los extranjeros.

Toda aquella costa era muy abundante en la pesca de perlas y por eso los indígenas las poseian en gran cantidad, formando de ellas grandes collares y otros distintos adornos para engalanar sus cuerpos. En el real de los españoles, se formó pronto una especie de feria, donde los naturales ocurrían en gran número con perlas, pescados y algunas frutas en que abundaban los espesos bosques de su territorio: y mientras alguna parte de la tripulacion se ocupaba en seguir la ruta de sus descubrimientos, los religiosos empezaron á doctrinar á los indígenas, que muy dóciles oían las exhortaciones de los misioneros, entregándoles á sus hijos, para que en sus corazones aun no despiertos al estrago de las pasiones, fructificara con mas abundancia, la semilla de la predicacion evangélica.

A los dos meses volvió la expedicion que habia salido del puerto de la Paz, porque los bastimentos se les consumieron: y habiéndose tambien agotado los que quedaron en el puerto dispuso Vizcaino, su vuelta á la Nueva España, antes que del todo se acabaran los pocos viveres que les quedaban. Los naturales, que habian recibido algunos agravios de los soldados, se alegraban de su partida; pero sentian notablemente la separacion de los padres, á quienes se habian aficionado sinceramente por la mansedumbre de su carácter y la dulzura de la doctrina que les enseñaban. "Persuadian á los religiosos, dice Torquemada en el cap. 41 del lib. 5.º, que se quedasen allí con ellos, y que se fueran los soldados que no eran buena gente; porque los trataban mal y les tomaban todo lo que tenian."

Pero no pudiendo entonces accederse á esta piadosa peticion, salió del puerto, Vizcaino, con toda la gente de su expedicion y en breves dias arribaron al de Acapulco de donde habian salido.

El año de 1599 por muerte de Felipe II, empuñó el cetro de Castilla, Felipe III: y como en aquel tiempo la gran riqueza de aquella Corte, la formaban las posesiones que tenia en las Indias Occidentales, el nuevo monarca se empezó á instruir de los negocios pertenecientes á ellas, por lo cual vino en conocimiento de la gran fama, que tenian las riquezas de las Californias; y dió orden al Conde de Monterey, que á costa de la corona equipara una expedicion para que explorara todas las costas y descubriera toda aquella tierra, que podia dar tan grande realce á la corona castellana.

El virey volvió á confiar este encargo al mismo capitán Vizcaino, y con los soldados necesarios para la jornada y tres religiosos carmelitas, volvió á emprender su camino del puerto de Acapulco, de donde salieron el año de 1602. Esta jornada fué de felices resultados, bajo el punto de vista de los adelantos científicos, porque surcando las naves de Vizcaino, la superficie de aquellos mares, trazaban una senda de comunicacion, por donde la civilizacion se pusiera mas tarde en contacto, con las mas remotas regiones, occidentales; pero fué infeliz bajo el aspecto del interés material en sus resultados próximos, porque ni se hallaron los grandes tesoros que efectivamente escondian las entrañas de aquel terreno avaro y que mas tarde han contribuido á la grandeza de otro pueblo, ni por entonces se pudo hacer otra cosa que reconocer las ignotas costas de aquella tierra ingrata, que negó sus favores á las fatigas de los castellanos. Despues de reconocer las Bahías de S. Bernabé, S. Simon y Judas: las islas de Cerros y la Asuncion; y los puertos de S. Diego y Monterey, Vizcaino tuvo que volver, porque atacada su tripulacion de un fuer-

te y contagioso escorbuto, los que no morian estaban incapaces de manejar los instrumentos de las naves; y con graves dificultades regresó al puerto de Acapulco, de donde los pocos que escaparon á la fuerza de la enfermedad, pasaron á México para recibir la enhorabuena del virey, que ofrecia tener muy presentes los padecimientos que habian sufrido por el esplendor de la corona de Castilla.

Durante la administracion de este virey, se descubrió en 1602, el reino de Nuevo Leon y se fundó su capital llamándola Nuestra Señora de Monterey. La poblacion mas avanzada por ese tiempo, hácia ese rumbo donde se habian reconcentrado millares de indígenas, así de los pueblos mas incultos y salvajes que huian de la civilizacion, como de otros, que aunque fáciles para adoptarla buscaban despues en las soledades de los bosques, abrigo y refugio contra el peso que les hacia resistir la opresion de algunos avaros europeos, era el presidio del Saltillo que fué declarado capital de la provincia de Coahuila. La esperiencia de mas de setenta años, habia confirmado bastante la ineficacia de las armas para obrar la reduccion de los indígenas, que pareciendo insensibles á las fatigas de la guerra y á los horrores de la muerte por defender la independencia de su territorio, eran estremadamente dóciles para atender la palabra de la predicacion evangélica. Con este conocimiento siempre se mandaban á la vanguardia de las tropas y de los pobladores españoles, los miembros de alguna familia religiosa que con su humildad y paciencia desarmaban el implacable furor de los guerreros indígenas: con este fin se habia fundado en el Saltillo un convento de religiosos franciscanos y continuamente se proveia de obreros que trabajaran en el extenso campo que presentaba tan dilatada gentilidad.

Se habian fundado ya muchos pueblos en que brillaba la luz del evangelio, entre los coetzales, haursorigames y tobozos, como S. Miguel de la Boca, Santa Rosa, San Buenaventura y

otros varios; pero casi nada se habia penetrado por el Norte y Oriente de esta provincia. El año de 1602 salió del convento del Saltillo, el padre Fray Andres de Leon con otros compañeros conducido por algunos indios ya reducidos á vida civil, y llegando á un lugar muy poblado, donde á su número de habitantes se reunian el buen clima y la feracidad de la tierra, se determinó á fundar allí una mision, desde donde recorrió la dilatada estension que mediaba entre ella y las costas del mar. Toda esta tierra era muy abundante en vetas de plata y en ella habia prodigado el autor de la naturaleza los favores de la fertilidad, pues todo era á propósito así para la cria de ganados como para el cultivo de toda clase de semillas. El gefe del presidio del Saltillo, dió cuenta al virey, de las tierras recién descubiertas informándole de lo abundante que eran en la produccion de todos los frutos de la naturaleza.

Por este tiempo tambien los religiosos franciscanos del convento de Charcas, servian la mision de Matehuala y observando que á ella concurrían algunos gentiles de algunos pueblos distantes, el prelado de aquella comunidad dispuso fundar por sí mismo una mision, en la cual caminó con tan buen éxito, que pronto quedó civilizado y reducido á vida civil todo el partido de Rio Blanco. Con este territorio y todo el descubrimiento hecho por el padre Leon determinó el virey que se fundara el nuevo reino de Leon, dándole este nombre en honor del religioso á quien se debia su descubrimiento, como por la semejanza que su territorio tenia con el que en España llevaba el mismo nombre; y para perpetuar la memoria del virey en cuyo tiempo se hacia esta fundacion, se dió á la capital de esta nueva provincia, el nombre que ya dejamos dicho, de Nuestra Señora de Monterey, á la cual se mandó por gobernador á D. Diego Montemayor, con 34 familias de españoles artesanos, y labradores, concediéndoles grandes privile-

gios y repartos de las mejores tierras. Los favores que el vi-
rey dispensaba á la nueva provincia y las ventajas con que
ella contaba por la naturaleza, atrajo gran concurso de gente,
y su poblacion tuvo rápidos aumentos, así para explotar algu-
nos minerales, como el de Vallesillo, Higuana y Villaldama.
cómo para el cultivo de las fértiles campiñas, que pronto fueron
haciendas de las mas ricas de la Nueva España.

En el año siguiente de 1603, el Conde de Monterey, fué
promovido al vireinato del Perú y en Setiembre de ese mis-
mo año, llegó á Veracruz D. Juan de Mendoza y Luna, Mar-
ques de Montes Claros, para ocupar el Gobierno de México.
El conde de Monterey es tenido como un hombre de grandes
virtudes y como uno de los mejores vireyes de la Nueva Espa-
ña; pero los excesos cometidos en las congregaciones de los
indígenas, estienden una negra sombra sobre su memoria: por-
que si los agravios que recibieron en estas medidas de iniqui-
dad, los principios de la eterna justicia, no fueron el resulta-
do de la perversidad en su corazón, cuando menos fué un triste
testimonio, de que la debilidad de los que gobiernan, no es
ni menos criminal ni pernicioso, que la malicia.

CAPITULO X.

Vireinato de los Marqueses de Montes Claros y Salinas.

En la ciudad de Otumba recibió el Conde de Monterey al
Marques de Montes Claros, y despues de cumplimentarlo co-
mo convenia, marchó á su destino por el puerto de Acapulco
y el Marques entró á México el 27 de Octubre de 1603.

Muy poco tiempo despues de su llegada hubo lluvias tan a-
bundantes, que no pudiendo contenerse las aguas en los anti-
guos vasos de las lagunas, se inundaron los campos y tambien
la capital, donde por esta causa se derribaron muchas casas:
quedaron inhabitables todas las de un solo piso; y de las de dos,
no se podia salir ni transitar por las calles, sino en canoas.

Este peligro en que está constantemente la hermosa capital
del Anahuac por hallarse rodeada de las grandes lagunas de
Chalco, Texcoco Zumpango y San Cristóbal Ecatepec, se ha he-
cho mas visible en las inundaciones que hasta este tiempo se con-
taban en número de seis. La primera en tiempo del imperio az-
teca gobernando el primer Mōctehuzuma por sobrenombre Il-
huicamina, en cuyo tiempo se acudió al mal, formando un fuer-
te dique que contuviera las aguas bajo la dirección del céle-
bre Nezahualcoyotl, soberano de Texcoco y primo del monar-
ca mexicano: la segunda, en tiempo del rey Ahuizotl, causada
por las estravagancias de su genio y reparada con los conse-
jos de Nezahualpilli: la tercera, gobernando el segundo Moc-
teuhzuma poco antes de la venida de los conquistadores: la
cuarta treinta y dos años despues de la conquista, el año de
1553 gobernando D. Luis Velasco el primero, en cuyo tiempo
se cercó la parte oriental de la ciudad con una fuerte albarra-
da: la quinta el año de 1580 en el gobierno de D. Martín En-
riquez, en cuyo tiempo se formó el grandioso proyecto del
desagüe por el canal de Huehuetoca; y la sesta al siguiente
año de entrar en el gobierno el marques de Montes Claros.

Este señor pensó luego en efectuar el desagüe proyectado,
pero en vista de las dificultades que le propusieron y por ha-
ber vuelto á su antiguo sitio las aguas de las lagunas, abando-
nó este proyecto y solo emprendió la reposicion de la albarra-
da hecha por el virey Velasco. Concluido este trabajo al fin
del año de 1604, en el siguiente hizo la reposicion de las cal-
zadas de Guadalupe, San Cristóbal, San Antonio y Chapulte-